

Llegados á Sestri los aragoneses, parte los alojaron en los conventos de los Capuchinos, Franciscanos conventuales, y Dominicos, parte en la lonja del público y en el hospital. Esmeráronse los buenos religiosos en agasajar á los caminantes lo mejor que las circunstancias permitían. De los que se hospedaron en el convento de PP. Dominicos, escribe el P. Luengo<sup>1</sup> lo que sigue: «En nuestro convento» dice, «de estos PP. Dominicos lo pasamos grandemente en todo lo que depende de estos religiosos. Hemos dicho misa con toda franqueza todos los que hemos querido; y después llevó el P. Prior á desayunar á su celda á muchos de los jóvenes escolares; y al mediodía fueron también á comer con los religiosos nuestros dos PP. Rectores, y á todos prosiguen agasajándonos del mejor modo que pueden.»

Los primeros que llegaron á Sestri, alcanzaron á algunos Padres de las Provincias de América, que ya habían pasado por allí, de quienes supieron que el comandante francés les había sonsacado los cinco duros por persona, como intentó sacarlos de los españoles en Génova. Privados de este socorro, tuvieron que hacer el viaje á pie, y dejar los equipajes, que no pudieron recobrar hasta el mes de Diciembre<sup>2</sup>.

Estaba ya en Sestri D. Jerónimo Gnecco, padre de D. Luis, el proveedor de los Padres en la isla de Córcega: y es justo confesar que la conducta del padre nada desmereció de la del hijo. Esmeróse en efecto cuanto estuvo de su parte para que los desterrados tuviesen en Sestri la mejor acogida posible, y entregó á cada uno quince duros, que les destinaba el rey para ayuda de su viaje hasta el Estado Pontificio; socorro, que les vino muy á

á visitar al misionero, y no faltaron algunos que por broma le dijeron: «¿Qué dirán en España al oír que el P. Pedro Calatayud, después de haber predicado tanto contra las comedias, ha pasado una noche entera en el teatro?» El Padre se encogió de hombros, levantó los ojos y las manos al cielo, bajó luego la cabeza, adorando los impenetrables designios de la Providencia divina, y prosiguió con serenidad la interrumpida conversacion.

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 2.º, página 360.

<sup>2</sup> P. OLCINA, *Relacion festiva etc.*, Parte primera, pág. 315.

propósito para atender á los gastos del camino. Les comunicó además un edicto, en que de presente se ofrecían treinta duros, y para en adelante se prometían gracias y privilegios, á todos aquellos que se resolviesen á abandonar la Compañía; pero ni uno siquiera hubo que se atreviese á hacer traicion á la propia conciencia<sup>1</sup>. Entretanto el P. Pignatelli seguía infatigable con los preparativos de viaje para toda la gran comitiva.

Subiendo desde Sestri hacia el ducado de Parma, no hay ni puede haber camino carretero; pues al final de una deliciosa y amena esplanada, de pocas millas, empieza una cordillera interminable de colinas y montañas, que se van elevando poco á poco hasta llegar al Apenino, que las domina á todas<sup>2</sup>. En toda aquella travesía no hay sino algunos senderillos muy estrechos y pedregosos, cortados por torrentes ó charcos á manera de pequeñas lagunas; y nadie se arriesga á atravesar por allí sino á caballo, y sobre animales avezados ya á aquellos pasos dificultosos.

No era posible reunir tanto número de caballerías que bastasen para todos; así que se resolvió el P. Pignatelli á ir enviando la Provincia por tandas. En la primera, que partió á 8 de Octubre, iba el P. Pignatelli con unos sesenta más. Todas pasaron

<sup>1</sup> A este empeño de los comisarios, ó mejor de los ministros, de procurar defecciones de los jesuitas, se agregaba la facilidad de obtener el rescripto de secularizacion. Hay «una franqueza y facilidad tan grande,» escribía el P. LUENGO (Tomo 6.º, pág. 133) en concedernos á los jesuitas el rescripto de secularizacion, que no hay ponderacion ninguna en decir, que no hay mayor dificultad en sacarle de la Penitenciaría Romana, que en comprar en la plaza una libra de fruta llevando el dinero en la mano.»

<sup>2</sup> El viaje, segun el P. LUENGO, se hacía en siete jornadas. 1.ª De Sestri por Verba á Barese. 2.ª De Barese por el meson Cento Croci, (término del estado de Génova y principio del ducado de Parma,) á Borgo Faro. 3.ª De Borgo Faro á Pietra magallana. 4.ª De Pietra magallana á Fornovo. 5.ª De Fornovo á la ciudad de Parma, y de aquí por Ponte Zeuma á Reggio en el ducado de Módena. 6.ª De Reggio á Módena, capital del ducado. 7.ª De Módena á Bolonia, entrando en los Estados del Papa por el puerto de barcas del río Panaro. Hacia la izquierda se levantaba la ciudadela ó castillo llamado Fuerte Urbano ántes de llegar á Bolonia.

indecibles trabajos durante aquel viaje. Verdad es que la república había dado oportunas disposiciones á fin de que nada les faltase; pero ¿cómo era posible obtenerlo siendo tantos, y teniendo que albergarse en pueblos reducidos y de estremada pobreza? Teníanse por muy dichosos cuando encontraban alguna iglesia abandonada ó algun pajar, donde recogerse por la noche; pues no hallándolo, tenían que pasarla en el soportal de algun caserío ó al abrigo de sus muros bajo el alero de un tejado.

Entrados en el territorio de Parma, por poco fueron víctimas de un engaño. Pretextaban los agentes del gobierno falta de bestias para el transporte de bagajes, y se querían quedar á todo trance con ellos, para enviarlos después á sus dueños cuando hubiese ocasion. Con este ardid habían engañado ya á los Padres de Méjico, quienes por haber consentido en dejar allí sus equipajes, no recobraron después ni la mitad de ellos: y como el P. José lo sabía, se opuso resueltamente y protestó contra aquella medida.

Ningun caso le hicieron, por estar interesados en el enjuague; y empezáronse á mostrar tan resueltos á quedarse con todo, que hubieran salido con la suya, si al llamar uno de sus hermanos al P. Pignatelli por su apellido, no hubiera dado ocasion á que todo se apaciguase. Al oír aquellos satélites la palabra «Pignatelli,» quedáronse como asombrados; y uno de ellos fue corriendo á dar parte á la autoridad, y luégo se presentó el alcalde á visitar al P. José; y pidiéndole mil perdones por no haberlo hecho ántes, quiso llevársele y tenerle en su compañía, y trató á los demás con mucha amabilidad y finura.

Con esto terminó aquel incidente; y lo que poco ántes parecía imposible, se tuvo por muy fácil, hallándose mulos de sobra para el transporte. Celebraron, como permitían las circunstancias, más que como les dictaba la devocion, la festividad de San Francisco de Borja, y emprendieron otra vez la marcha. Pasado el Apenino, entraron en la llanura, prosiguiendo hacia Parma en coches mandados conducir desde aquella ciudad por el P. Pignatelli, que se les había adelantado.

El día 13 de Octubre comieron en la casa de San Lázaro, que está en las afueras de Parma; y al oscurecer del mismo día llegaron á Reggio, ciudad del ducado de Módena. Ninguna de las que visitaron en su paso por Italia les dio tan claras muestras de compasion y afecto. Porfiaban los más acomodados de la ciudad por llevarse á sus casas dos, cuatro y más jesuitas; y cuando ya los tenían, les servían y regalaban como si pretendieran hacerles olvidar en pocas horas los padecimientos del largo y desastroso viaje. Todo el día que los Padres se detuvieron en su compañía, lo pasaron en mutuos desahogos con sus albergadores; pues á medida que estos aumentaban su agasajo, renovaban los favorecidos las muestras de cordial agradecimiento.

Si tanto se esmeraban los seculares en agasajar á los jesuitas españoles, dicho se está que no harían menos los Padres de la Compañía del colegio de Reggio: entre los cuales se distinguió uno, llamado Ignacio Casamiglia, «por quien supimos entonces no sin admiracion,» dice el P. Olcina<sup>1</sup>, «lo que ahora diremos. Después de habernos hecho contar los trabajos padecidos en el destierro de Bonifacio y los que *l'humanité française*<sup>2</sup> nos hizo sufrir en la navegacion, nos hizo referir el buen P. Casamiglia el modo cómo se ejecutó en España nuestro universal arresto, mostrando que deseaba saber las más menudas circunstancias.»

«Procuramos darle gusto; y pasándonos por alto algunas providencias, que generalmente se tomaron en nuestros colegios para precaver todo lo que pudiera ocasionar algun alboroto en el pueblo, el buen Padre nos las iba apuntando; preguntando, por ejemplo, con mucha solicitud si se puso algun piquete de soldados á la puerta del campanario, y si cortaron las cuerdas de las campanas para que ninguno de los arrestados jesuitas pudiese tocarlas y llamar al pueblo en su ayuda y defensa; y así con igual solicitud fue preguntando por otras circunstancias no

<sup>1</sup> *Relacion festiva etc.*, Parte primera, pág. 332.

<sup>2</sup> Esto es, *masónica*.

menos particulares, que nosotros nos dejábamos por olvido en la relacion de nuestra tragedia.»

«Extrañamos mucho ver al buen Padre tan bien instruido en este asunto: y preguntándole cómo había logrado Su Reverencia una tan exacta é individual noticia de todo lo acaecido en nuestros colegios de España, nos dijo: «No lo extrañen: porque he tenido en mi poder y leído á mi satisfaccion todo el plan del arresto de los jesuítas, y modo cómo se había de ejecutar, contenido en un librito en francés, impreso á últimos del siglo pasado, sin nombre de autor. Este libro,» continuó el buen Padre, «estaba en la librería de este nuestro colegio, y los que en años pasados le leyeron, miraron el proyectado plan como una de las ideas platónicas y digno solamente de andar entre cartapacios de la escuela,..... de suerte que la lectura de dicho librito servía á los jesuítas de diversion; y nunca tan quimérico plan llegó á darles el menor cuidado ni recelos.»

«Pero cuando comenzaron á llegar las primeras noticias de haber sido arrestados en un mismo tiempo y á una misma hora todos los jesuítas de España, entonces ya comenzaron á sospechar y maliciar el diabólico fin, con que se había ideado y dado tantos años ántes á la luz pública aquel proyecto. Leyóse de nuevo y con mayor cuidado el libro: fueron llegando noticias más individuales de la pragmática-sancion y modo cómo se había intimado y puesto en ejecucion; y confrontándolas con lo que rezaba el libro en francés, no les quedó duda prudente de que este había servido de pauta á la corte de España: y con toda puntualidad se envió á Roma á manos de nuestro P. General, quien apreció mucho este regalo<sup>1</sup>.»

<sup>1</sup> La fecha en que se publicó este libro demuestra que debió de ser compuesto por los jansenistas; pues ni los francmasones ni los filósofos existían aún en aquel tiempo, al paso que el odio de los jansenistas contra la Compañía de Jesús fue tan antiguo como ellos. Manifiéstase además que ya habían estos sectarios concebido el proyecto de aniquilar la Compañía. Todo esto explica por qué tan pronto simpatizaron con los filósofos y se unieron á ellos como á cooperadores

Esto fue en sustancia lo que refirió el P. Casamiglia: esto solo es una palmaria demostracion de la falsedad de los crímenes imputados á la Compañía; pues cuando se imprimió aquel libro, es bien cierto que ni en el Paraguay había un Nicolás I con su formidable ejército, ni en Portugal un P. Malagrida, cómplice en el atentado del 3 de Setiembre de 1758 contra José I, ni en la Martinica comerciaba el P. Lavalette, ni en Madrid se había publicado aún el bando contra las capas largas y sombreros redondos, de que se originó el motin de Esquilache, por el cual, como principales autores y promovedores de él, fueron extrañados de España los jesuítas. Procedióse en este caso como ya se había procedido en la causa del Salvador: primero se le condenó á muerte porque todo el pueblo se iba tras él; y después se procuraron inventar los delitos de que se le debía acusar.

Y volviendo al asunto, después que nuestros caminantes lograron desprenderse de los caritativos ciudadanos de Reggio entre lágrimas y sollozos, pasaron á la ciudad ducal de Módena, donde tambien fueron muy bien acogidos por los Padres del colegio, cuyo rector era el P. Granelli. Prosiguieron adelante algo más de una legua y entraron en los dominios del Papa.

Llegados á Bolonia, estuvo indeciso el P. Provincial Salau sobre si daría asiento á la Provincia allí ó no; y después de un maduro exámen inquirió, como tenía de costumbre, el parecer del P. Pignatelli. Pesó este con detenimiento las ventajas y los inconvenientes del asunto, y se decidió por Ferrara, donde estaba de vice-legado un primo suyo, y la ciudad era capaz, rica de buenos edificios, con poca poblacion y más retirada que Bolonia; y por estas razones parecía más al caso para colocar una gran muche-

decidos y ejecutores menos escrupulosos é hipócritas que ellos de su plan tan de antemano concebido. Aunque, á decir verdad, los filósofos por boca de Voltaire significaron su desafecto á los jansenistas: pues en carta de 16 de Febrero de 1761 decía el patriarca de Ferney á Federico II: «¿Cuándo veremos á todos los jesuítas precipitados en el fondo del mar con un jansenista al cuello?»

dumbre de sujetos sin que fuese fácil resentirse la regular observancia y los estudios, que eran los dos objetos favoritos del P. Pignatelli y á los que consagraba siempre sus desvelos. Así, pues, que hubieron descansado un par de días en Bolonia, se dirigieron á Ferrara el P. José y su hermano para disponer lugar y alojamiento; los demás entraron el día 18 de Octubre de aquel año mismo de 1768.

Con un orden semejante al referido, y casi con las mismas paradas, se fueron trasladando todos los sujetos que habían quedado en Sestri y los que por el camino iban poniéndose enfermos ó faltos de fuerzas para proseguir; solo que estos tuvieron algo mejor suerte, gracias á las oportunas disposiciones que dejó el P. Pignatelli en varios puntos. Solo uno tuvieron que llorar durante todo el viaje de mar y tierra, y murió improvisamente en Sestri<sup>1</sup>; los demás, que eran unos quinientos ochenta, se reunieron en Ferrara en el término de doce días.

El Padre Reig refiere todo este viaje con su acostumbrado laconismo en los términos siguientes: «Á Jaime Sirera, salud. — Tras largas vueltas y fatigas graves — Al Lacio dirigímonos<sup>2</sup>. — Por orden del rey de Francia Luis XV salimos repentinamente de Córcega; porque habiendo pasado la ciudad de San Bonifacio del poder de los de Génova al de los franceses, fuimos obligados á marcharnos en las mismas naves en que habían venido los soldados á la isla. Los capitanes de ellas se portaron muy duros y muy crueles con nosotros, hasta el extremo de negarnos en el camino lo necesario para la vida. Pues muchas veces nos obligaron á alimentarnos con trigo podrido, agua corrompida y un vino que se iba poniendo agrio.»

«De muy diferente manera, es decir, con mucha más benignidad y decencia se portó nuestro rey Carlos, el cual procuró

<sup>1</sup> Llamábase P. Bernabé Amescua: era natural de Logroño: nació en Junio de 1702: entró en la Compañía en Agosto de 1725, y murió el 16 de Octubre.

<sup>2</sup> *Per varios casus, per toi discrimina rerum  
Tendimus in Latium.....*

con el mayor cuidado y diligencia que no nos faltase nada en las embarcaciones. El día 12 de Setiembre salimos de Bonifacio, y el 22 del mismo llegamos á Génova, capital de Liguria, la cual, situada al extremo de la Toscana, ofrece, por su situación muy conveniente, un seguro puerto á los que navegan para España y Francia. Nos hicimos de nuevo á la vela el día 30, arribando el 3 de Octubre á Puerto Fino, como lo llaman los naturales. De allí, unos el mismo día y otros al siguiente, después de una muy corta navegacion fuimos á desembarcar en Sestri, poblacion que está al oriente, en donde pudimos por fin dar algun reposo á nuestros ánimos abatidos y á nuestros cuerpos cansados.»

«El día 8 de Octubre por mandato del P. Provincial movimos los reales, como hacen los soldados; y unos á pie y otros á caballo estuvimos marchando cuatro días hacia Italia por los montes Apeninos. El camino es pendiente, estrecho, resbaladizo y lleno de peligros, pero muy corto: las cimas de las montañas desprovistas de vegetacion: pero aquí y allá se levantan collados no tan altos como las montañas, y se dejan ver entre ellos algunos despejados y extensos valles. El día 12, después de haber pasado el Apenino, llegamos á Fornovo, en donde se extiende una llanura tan inmensa como la del vasto mar, que apenas puede abarcarse con la vista. Caminando de allí por Parma, Reggio y Módena, entramos el día 14 sanos y salvos en Bolonia, y el 18 en Ferrara.»

«Te estoy agradecido en el alma por haberme librado de tantos peligros; pues no dudo que desde que salimos de España no habrás cesado de rogar á Dios por mí. Yo entretanto tambien le pediré con frecuentes súplicas que te conceda toda suerte de felicidades y bienandanza. — Á Dios — Te ruego que no me olvides. — De Ferrara, á 5 de Febrero de 1769<sup>1</sup>.»

<sup>1</sup> *Epist. et orationes*, Lib. II, ep. XVII.